



# SACERDOTE Y MISIÓN

## Espiritualidad

**Damián Díaz**  
**Delegado de Misiones. Ciudad Real**

### Introducción

Durante mucho tiempo, el ejercicio del ministerio presbiteral del clero secular, y la espiritualidad que le inspiraba, estuvo limitado a un territorio, hasta el punto de encerrar su preocupación pastoral en las fronteras de su parroquia y su diócesis, desentendiéndose prácticamente de la tarea de la evangelización universal que Cristo había encomendado a su Iglesia.

Dos razones bienintencionadas podemos señalar por encima de algunas otras:

- Por una parte, el Romano Pontífice había asumido la tarea de la misión *ad gentes* como propia, encomendando posteriormente el encargo misionero a las grandes congregaciones religiosas o los institutos misioneros que fueron surgiendo con el tiempo. Esto aseguraba el empeño misionero, pero en la práctica llevaba a los demás Obispos, y los presbíteros, sus colaboradores, a despreocuparse de esa tarea de toda la Iglesia.
- Por otra parte, la obligación de los presbíteros de incardinarse en una diócesis, para evitar los sacerdotes "vagos" llevó también a limitar su movilidad y su disponibilidad.

### Siglo XX

Desde comienzos del pasado siglo, sin embargo, las encíclicas misioneras emitidas por distintos Papas fueron abriendo un camino que culminaría en el Concilio Vaticano II:

- Desde el obvio recordar la responsabilidad misionera de los sacerdotes como bautizados a quienes incumbe también la tarea misional de la Iglesia (*Evangelii Praecones*, 71 y *Princeps Pastorum*, 19).
- Pasando por la petición a los Obispos para que organicen su clero "*en punto a misiones*" de la *Maximum Illud* (n. 103), y la recomendación de la creación de la entonces llamada Unión Misional del Clero para interesarles en la obra misionera (n. 105).
- Y la concreción de esa preocupación por las misiones en orar y hacer orar (*Rerum Ecclesiae*, 46), predicar sobre las misiones, divulgar escritos de propaganda misional, apoyar posibles vocaciones misioneras (ibíd., 47), y fomentar las Obras Misionales Pontificias (ibíd., 48).
- Hasta la expresa recomendación a los Obispos a "*autorizar a algunos de sus sacerdotes a partir para ponerse, durante un tiempo limitado, al servicio de los Ordinarios de Africa*", de la *Fidei Donum* n. 17.

## Concilio Vaticano II

Pero va a ser, sobre todo, el Concilio Vaticano II el que va a establecer los principios y dar el impulso necesario para recuperar la dimensión misionera del clero secular.

- El decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, proclamó que la Iglesia, a cuyo servicio se ordenan los sacerdotes (también la Iglesia particular, que es parte de la única Iglesia de Cristo -*Christus Dominus*, 6-, en la que opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica -n. 11-), "es por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre" (AG 2). De donde se deduce, ya de entrada, que el presbítero debe cuidar y animar la puesta en práctica de esa naturaleza misionera que, dirá más tarde Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio*, pero está latente ya aquí, "atañe a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales" (n. 2).

- Pero es aún más explícito, en el tema que nos atañe, el decreto *Ad gentes* cuando más adelante afirma que "los presbíteros representan la persona de Cristo y son cooperadores del orden episcopal... Estén profundamente convencidos que su vida fue consagrada también al servicio de las misiones. Que... comunicando con Cristo Cabeza..., no pueden dejar de sentir lo mucho que les falta para la plenitud del Cuerpo, y cuánto por ende hay que trabajar para que vaya creciendo cada día. Por consiguiente, organizarán el cuidado pastoral de forma que sea útil a la dilatación del Evangelio entre los no cristianos. Los presbíteros, en el cuidado pastoral, excitarán y mantendrán entre los fieles el celo por la evangelización del mundo, instruyéndolos con la catequesis y la predicación sobre el deber de la Iglesia de anunciar a Cristo a los gentiles; enseñando a las familias cristianas la necesidad y el honor de cultivar las vocaciones misioneras entre los propios hijos; fomentando el fervor misionero en los jóvenes de las escuelas y de las asociaciones católicas de forma que salgan de entre ellos futuros heraldos del Evangelio. Enseñen a los fieles a orar por las misiones y no se avergüencen de pedirles limosna, haciéndose mendigos por Cristo y por la salvación de las almas" (AG 39).

Texto en el que fundamenta la dimensión misionera del presbítero: Representan a Cristo, el Enviado, el Misionero del Padre, que continúa a través de ellos su cuidado no sólo de las ovejas que ya están en el redil, sino también de aquellas otras que aún no le conocen, pero que son "suyas". Y además son colaboradores de los Obispos, a quienes se repite en distintos documentos del Concilio que se les ha encomendado el cuidado no sólo de su diócesis, sino de toda la Iglesia universal, como miembros del colegio apostólico y en comunión con el Papa.

La consecuencia lógica es sentir que su vida está también consagrada al servicio de las misiones, por las que tienen que trabajar día a día. Y aporta ideas para la animación y cooperación misioneras en el trabajo pastoral dentro de la porción del Pueblo de Dios que se le asigne.

- En este mismo sentido, ya la constitución *Lumen Gentium* había afirmado que "la responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo... es propio del sacerdote el llevar a su cumplimiento la edificación del Cuerpo... Así, pues, ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios..." (LG 17).

- Pero la "joya" entre los textos que se refieren a la relación del presbítero con la misión ad gentes es el n. 10 del decreto *Presbiterorum Ordinis*: "El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone sólo para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación «hasta los extremos de la tierra» (Hch 1,8), porque cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. Porque el sacerdocio de Cristo, de cuya plenitud participan verdaderamente los presbíteros, se dirige por necesidad a todos los pueblos y a todos los tiempos..."

Recuerden, pues, los presbíteros que deben llevar en el corazón la solicitud de todas las Iglesias. Por lo cual los presbíteros de las diócesis más ricas en vocaciones han de mostrarse gustosamente dispuestos a ejercer su ministerio, con el beneplácito o el ruego del propio ordinario, en las regiones, misiones u obras afectadas por la carencia de clero.

*Revisense, además, las normas sobre la incardinación y excardinación de manera que, permaneciendo firme esa antigua disposición, respondan mejor a las necesidades pastorales del tiempo..." (PO 10).*

El presbítero, en efecto, es consagrado por el Espíritu y configurado con Cristo por su ordenación, no para un ministerio restringido, sino para continuar la misma misión de Cristo, que a su vez confió a los apóstoles, y que se dirige a todos los pueblos y a todos los tiempos, misión universal hasta los confines de la tierra. De donde se sigue que la vocación misionera es inherente a la mismísima vocación sacerdotal, y no puede ser de otra manera.

Lo que podrá diferir será el modo de realizar esa vocación: Lo normal es que cada uno ejerza su ministerio allí donde ha sido llamado, ordenado y enviado. Pero sin dejar nunca de llevar esa solicitud por todas las iglesias. Que es la puerta a una disponibilidad mayor, que puede llevar al presbítero a ejercer su ministerio allí donde hay una mayor escasez de sacerdotes, que suele ser en territorios de misión.

## Postconcilio

Después del Concilio, se mantiene con la misma insistencia la solicitud de disponibilidad para el sacerdote. Así, el **II Sínodo de los Obispos**, del año 1971, sobre *"El sacerdocio ministerial"* y *"La justicia en el mundo"*, decía en el n. 6: *"El sacerdote, aunque su ministerio se ejercite en una comunidad particular, no puede, sin embargo, estar exclusivamente dedicado a un particular grupo de fieles. En efecto, su ministerio tiende siempre a la unidad de toda la Iglesia y a reunir, en ella, a todas las gentes... Toda la vida y actividad del presbítero debe estar impregnada del espíritu de catolicidad, esto es, del sentido de la misión universal de la Iglesia..."*.

Disponibilidad que se debe pedir en primer lugar aquí, dentro de la misma diócesis, donde todo sacerdote debe estar dispuesto a ser destinado a cualquiera de los rincones de su territorio, no importe sea mayor o menor la parroquia, o las dificultades del terreno. Pero que evidentemente debe estar también abierta a toda la Iglesia universal, como citan expresamente los Padres Sinodales.

Es la misma disponibilidad de Cristo: "Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad", junto con la consideración de la mayor necesidad allí donde hay escasez de clero, junto con la opción preferencial por los más empobrecidos, que determinan la vocación específicamente misionera de todo presbítero.

Para terminar este recorrido por el Magisterio actual, dos documentos de Juan Pablo II: *Redemptoris Missio* y *Pastores Dabo Vobis*, aportan todavía mayor claridad a esta relación o responsabilidad del sacerdote con las Misiones.

Por una parte, la **encíclica misionera** de Juan Pablo II, después de afirmar que *"la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales"* (n.2); de afirmar la actualidad y urgencia de la misión *ad gentes*, que 2.000 años después de Jesucristo está en sus comienzos, puesto que dos tercios de la humanidad aún no le conocen; de afirmar que la misión *ad gentes* es *"la tarea primordial de la Iglesia... de manera que sin ésta la dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar"* (n.34); al hablar de los responsables y agentes de la pastoral misionera, cita el documento *"Postquam Apostoli"*, que en marzo de 1980 elaboró unas normas para la colaboración entre las Iglesias particulares y especialmente para una mejor distribución del clero en el mundo; y, posteriormente, dedica todo el número 67 a "los sacerdotes diocesanos para la misión universal", recordando la doctrina del Concilio en PO y AG, y concluyendo: *"Por esto, la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles «un espíritu genuinamente católico que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito, y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes». Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera..."*

*Los sacerdotes «no dejarán además de estar concretamente disponibles al Espíritu Santo y al obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país. Esto exigirá en ellos no sólo madurez en la vocación, sino también una capacidad no común de desprendimiento de la propia patria, grupo étnico y familia, y una particular idoneidad para insertarse en otras culturas, con inteligencia y respeto»".*

Por otra parte, es especialmente significativo el espacio y la importancia que dedica la *Pastores Dabo Vobis* a la dimensión misionera universal del sacerdote. Porque demuestra que la preocupación misionera *ad gentes* estaba en primer plano de la preocupación del Papa, y por los mismos contenidos. Vuelve a reafirmar la doctrina del Concilio citando PO 10 en varias ocasiones (nn. 16, 18 y 32) y dice: *La pertenencia y dedicación a una Iglesia particular no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la Iglesia particular y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites.*

*Se sigue de esto que la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero. Corresponde a ellos, en el ejercicio del ministerio y en el testimonio de su vida, plasmar la comunidad que se les ha confiado para que sea una comunidad auténticamente misionera (n. 32).*

*El sacerdote está ordenado no sólo para la Iglesia particular, sino también para la Iglesia universal (cf. *Presbyterorum ordinis*, 10), en comunión con el obispo, con Pedro y bajo Pedro... En esto se funda el carácter misionero de todo sacerdote (n. 16).*

*Y también: Por la naturaleza misma de su ministerio, deben por tanto estar llenos y animados de un profundo espíritu misionero y "de un espíritu genuinamente católico, que les habitúe a trascender los límites de la propia diócesis, nación o rito y a proyectarse en una generosa ayuda a las necesidades de toda la Iglesia y con ánimo dispuesto a predicar el Evangelio en todas partes" (n. 18).*

La razón de la vocación misionera del presbítero es, en primer lugar, y sobre todo, porque tiene que encarnar la caridad pastoral de Cristo: *«El sacerdote... se hace capaz de amar a la Iglesia universal y a aquella porción de Iglesia que le ha sido confiada, con toda la entrega de un esposo hacia su esposa».* El don de sí no tiene límites, ya que está marcado por la misma fuerza apostólica y misionera de Cristo, el buen pastor, que ha dicho: *«También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor» (Jn 10,16).*

La otra razón es la comunión que debe existir entre las Iglesias particulares, que debe favorecer "el «intercambio de dones», comenzando por los dones vivos y personales, como son los mismos sacerdotes. De aquí la disponibilidad, es más, el empeño generoso por llegar a una justa distribución del clero" (n. 74). Disponibilidad de la que habla, por cierto, en varios números más, llegando a decir que el presbítero debe "prepararse para un ministerio que podrá exigirle la disponibilidad concreta al Espíritu Santo y al obispo para ser enviado a predicar el Evangelio fuera de su país" (n. 59).



¿Cómo llevar todos estos principios a la práctica?

## Espiritualidad Misionera

Ante todo, viviendo un espíritu misionero, que arranca de la misma configuración con Cristo Enviado del Padre que todo sacerdote debe tener. Creo que se ha hecho un hincapié casi exclusivo en la imitación o configuración con Cristo Pastor, y pienso que debemos pasar a poner el acento en **Cristo Enviado**. Por el bien y el futuro de nuestra Iglesia y de nuestras comunidades parroquiales.

Porque tenemos que dar un dinamismo misionero a nuestro ministerio. Si nos quedamos en guardar el rebaño que tenemos, y que va mermando cada vez más, y no nos ocupamos de las otras ovejas que no pertenecen al rebaño, los alejados, y los lejanos, los que ni conocen siquiera al Pastor, somos infieles a la misión encomendada, y terminamos por asfixiar la misma comunidad, que se morirá de puro estancada.

Viviendo aquellas características de la espiritualidad misionera a la que Juan Pablo II dedicaba el último capítulo de la *Redemptoris Missio* (nn. 87-91): la pobreza que te deja libre para el Evangelio; el desapego de personas y bienes para hacerse hermano de aquellos a quienes eres enviado; la caridad apostólica que le lleva a hacerse "hermano universal"; la vivencia de las bienaventuranzas, que son, según el Papa, los caminos de la misión: pobreza, mansedumbre, aceptación de los sufrimientos y persecuciones, deseo de justicia y de paz, caridad...; y, sobre todo, la alegría interior que viene de la fe, superando todo pesimismo, porque el sacerdote, como el misionero, tiene que ser anunciador de la "buena noticia", alguien que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza. (*Sobre esto abunda la segunda reflexión en las páginas siguientes*).

## Trabajo Pastoral

En el trabajo pastoral en su parroquia, el sacerdote debe recordar que *"la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales"* (*Redemptoris Missio*, 2). Es más, que el espíritu y la cooperación misionera son un test del nivel de fe de la comunidad: *"La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros"* (ibíd., 11). Tener presente también que *"la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!"* (ibíd., 2).

Y, en consecuencia, se preocupará por la formación y la animación misionera del pueblo de Dios: *"Las Iglesias locales han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles"* (*Redemptoris Missio*, 83).

Sería muy conveniente que se promoviera en cada parroquia, asociación o grupo un equipo de personas que puedan realizar este ministerio de la animación misionera, de manera que esa dimensión misionera de la Iglesia no se quede sólo en la realización de las campañas, sino que fueran capaces de incluir el dinamismo misionero y la llamada a la misión tanto en la formación de los grupos, en la catequesis, en las celebraciones litúrgicas (dimensión misionera de los sacramentos), y en el ejercicio de la caridad que no se preocupa sólo por los cercanos, sino por los más empobrecidos, que suelen coincidir con los países de misión (hay parroquias que dan una buena cantidad, además de la colecta de las campañas: un porcentaje, las primeras comuniones, apoyo a proyectos o a misioneros...).

## Disponibilidad para salir

Para nuestra reflexión, podemos preguntarnos:

- ¿Cómo andamos de disponibilidad?
- ¿Quién se han preguntado si el Señor les puede pedir alguna dedicación a las Misiones, aunque sea temporal?
- Nuestros obispos nos hablaban de la "Actualidad de la misión *ad gentes* en España". ¿Es verdaderamente actual esa misión? ¿Cómo la tenemos nosotros presente en nuestra existencia y en nuestro ministerio?
- ¿Qué podemos hacer para cultivar ese espíritu misionero?

### **Bibliografía:**

⇒ "El Sacerdote. Espiritualidad y Misión", de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

⇒ Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2008: "Las vocaciones al servicio de la Iglesia-misión".



# ESPIRITUALIDAD MISIONERA

Principios, normas y consejos, que hemos visto en la reflexión anterior, especialmente si vienen del Magisterio autorizado de la Iglesia, son necesarios y precisos. Pero todo puede quedarse en buenas intenciones, si no está vivificado por el Espíritu del Señor Resucitado, Enviado del Padre y que nos envía a su vez a nosotros a continuar su misión: "Como el Padre me ha enviado, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,21-22).

Es el Espíritu quien nos lleva a salir al encuentro de los alejados cercanos a nosotros; y que nos debe hacer disponibles, en último término, a la misión amplia y universal que lleva a la Iglesia hasta los confines de la tierra, la misma Misión que el Padre encomendó al Hijo, y que Jesucristo nos encarga ahora a nosotros.

## *Apuntes de espiritualidad misionera*

1. *Centralidad de Cristo y protagonismo del Espíritu.* A veces es necesario recordar lo obvio y refrescar el espíritu del Bautista, porque tenemos tendencia a ir colocando en el centro nuestros planes, nuestros programas, nuestra manera de entender la pastoral y hacemos girar alrededor tanto personas, como tiempo y acciones: Recordar que no somos nosotros los que hemos buscado esta tarea, que hemos sido llamados, y que el centro del mensaje, y hacia quien tenemos que dirigirnos y dirigir a las personas, es Cristo, y que el protagonista, que está ya actuando antes de que a nosotros se nos ocurra algo, es el Espíritu, como bien muestran, sobre todo, los Hechos de los Apóstoles.

Tendremos que revestirnos de las actitudes de Cristo: humildad, paciencia, perseverancia, audacia en la acción, para así ir asimilando sus motivaciones, y, guiados, como Él, por el Espíritu, ir acercándole a Él de verdad a los hombres, e ir acercando los hombres a Él.

2. *La pobreza como condición y estilo de vida,* que implica un constante salir de uno mismo, dejar seguridades, deseos de dominio, etc.

Y esto, en todos los sentidos, desde la austeridad material de vida, pasando por la flexibilidad en las ideas, en las costumbres, en la misma formación cultural, hasta la opción preferencial por los pobres, que es hacer girar nuestras opciones, nuestros planes, nuestro tiempo y nuestras personas alrededor de la pregunta: ¿esto es bueno o malo para los pobres? De manera que ellos fueran la última referencia de nuestra vida y de nuestro ministerio.

3. *Amor a la Iglesia,* que se concreta en una integración plena en la comunidad eclesial y un ponernos completamente a su servicio.

El misionero, cuando llega a una comunidad eclesial joven, de otras latitudes, no lleva sus planes y proyectos, sino que se pone a disposición de esa Iglesia, a su servicio, humildemente. Pues también nosotros deberíamos estar más abiertos a lo que nuestra Iglesia diocesana nos va pidiendo en cada momento, adaptándonos a su ritmo, sin imponer nuestras ideas o nuestros proyectos.

**4. Inculturación.** Lo que nos parece obvio en los países de misión, porque tienen culturas muy diferentes de la nuestra, no lo vemos quizá tanto aquí entre nosotros. Sin embargo, la cultura va transformándose continuamente, y son diferentes las costumbres, la manera de vivir y celebrar la vida. Deberíamos estar abiertos a estos estilos, conocerlos, e intentar luego integrarlos en nuestras celebraciones, proyectos de pastoral, etc.

**5. Apertura sin fronteras.** El amor de Jesús no conoce barreras, no tiene acepción de personas, no tiene áreas reservadas. No podemos cerrarnos, en consecuencia a nada ni a nadie. Lo que nos exigiría salir de nuestras Betanias, de nuestros grupos, de lo conocido y trillado, con el corazón en la mano, y con una actitud de diálogo permanente, de escucha humilde, de comprensión, etc.

El misionero es el hermano universal, que tiene la misión de construir la fraternidad entre todos los hombres, y por eso tiene las puertas de su casa y de su corazón abiertas a todos, sin distinción, particularmente a los más pobres, superando simpatías, ideologías, grupos, etc.

**6. Opción por los alejados.** Recordemos la parábola del pastor que pierde una oveja. Y miremos luego nuestros pueblos y parroquias: si la gente que hay pertenece al rebaño, si se han alejado, cómo y por qué. Y qué hacemos nosotros respecto de ellos. Sin pensar en programas o materiales todavía. Antes que nada, si nos inquieta, si nos preocupa. Y preguntarnos cómo encarnamos luego aquella caridad pastoral de Cristo, y su preocupación no tanto por los sanos, sino por los enfermos, no tanto por los justos, sino por los pecadores, hasta morir él mismo no en el centro de la ciudad, sino fuera de ella, alejado, en la periferia, en el lugar de la crucifixión.

**7. Actitud de provisionalidad.** Desde el acompañamiento de una Iglesia en marcha, Iglesia peregrina, hasta una actitud de disponibilidad a la Palabra de Dios y a las necesidades de esa Iglesia, nuestra vocación nos está pidiendo una constante desinstalación, no echar raíces ni buscar seguridades.

Esto exige un despojamiento de las propias aspiraciones y proyectos, el tener en cuenta siempre a los demás, para engarzar con el trabajo hecho allá donde vamos, y estar dispuesto a salir, dejando que otro continúe y recoja lo que nosotros hemos sembrado, con confianza en los demás, en sus capacidades, en comunión de espíritus, y comunidad de trabajo, y en la entrega a un proyecto común, para alcanzar juntos los objetivos de nuestra misión. Con alegría y sin lamentaciones, ni críticas.

**8. Vivir el espíritu profético.** En el sentido de estar dispuestos a denunciar las injusticias, aunque esto nos acarree incomodidad, críticas y desconfianza por parte de determinados sectores de la sociedad o de la misma ¿comunidad? de los fieles.

Pero, sobre todo, ser testigo de la experiencia de Dios. El profeta es el hombre de Dios, que experimenta en su vida el dinamismo de la Palabra, y es testigos de ella en un mundo en crisis de valores, en transformación, que necesita modelos auténticos y testigos más que maestros repetidores de un mensaje manido.

9. *Alegría interior.* Quizá es un distintivo de cualquier persona o grupo que se sienten misioneros, que rezuman paz y gozo, que da una imagen de frescura tan diferente a las tensiones, los agobios, las rutinas con que vivimos habitualmente nuestra fe, nuestro ministerio y nuestro trabajo pastoral por estos lares.

## Tentaciones a superar

Esto exigirá también afrontar y superar algunas tentaciones de las que ninguno estamos libres.

a) *La tentación del protagonismo.* Tenemos tendencia a creernos insustituibles. Es la actitud del que no confía en nadie, no sabe escuchar ni trabajar en equipo. Consiste en criticar sin aceptar las críticas, permitiendo así que crezcan la envidia y los celos ante el trabajo que llevan a cabo otras personas.

En este caso, el espíritu misionero puede ayudarnos a descubrir nuestros propios límites y nuestra fragilidad, y a abrirnos al otro, y, sobre todo, al OTRO, que es Dios. Entender que el único Pastor es el Señor, y que somos pastores por participación, porque Él nos ha llamado y encargado una parcela de su rebaño, para que la cuidemos con su estilo y junto a los demás pastores elegidos por Él.

b) *La tentación del fatalismo.* Que se manifiesta en el conformismo, y en el desánimo ante la rutina o ante la falta de resultados visibles.

La espiritualidad misionera nos recuerda que el Señor está siempre junto a los que trabajan en la construcción del Reino, del que Él es el titular y protagonista. Y que Él puede convertir las crisis y los fracasos en momentos de crecimiento.

c) *La tentación del narcisismo,* que es buscar compensaciones ante el cansancio espiritual.

La espiritualidad nos tiene que mostrar la lógica redentora y liberadora de la cruz de Cristo, uniendo la felicidad personal al servicio dentro de la construcción del plan salvífico de Dios.

d) *La tentación del activismo.* Que es la tendencia a actuar sin una motivación de fe y sin conjugar la acción con la contemplación. O pasar rápidamente de un proyecto a otro sin que medie una adecuada reflexión y sin un serio discernimiento del Espíritu. Y, sobre todo, en llevar adelante muchas actividades, sin realizar una acción eficaz y transformadora.

## Para la reflexión

- 1) ¿Tenemos nosotros una verdadera preocupación por vivir un espíritu misionero, abierto, universal?
- 2) ¿Vivimos abiertos al Espíritu, con valentía y creatividad? ¿O más bien prevalece en nosotros la "prudencia" humana, el deseo de orden y seguridad, el miedo a lo extraño, aventurado o desconocido?
- 3) De las actitudes misioneras señaladas, ¿cuáles vivimos más intensamente, y en cuáles estamos más flojos?
- 4) ¿Tomamos en serio e intentamos prevenir las tentaciones señaladas?